



Narrativa El último premio Herralde de novela relata una partida de tenis entre Quevedo y Caravaggio en la plaza Navona. Las pelotas están rellenas del cabello de la decapitada reina británica Ana Bolena

El fuego de la historia

Álvaro Enrique
Muerte súbita

ANAGRAMA
264 PÁGINAS
17,90 EUROS

Premio Herralde
de Novela 2013

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Álvaro Enrique (México, 1969) ha escrito, con *Muerte súbita*, una novela a la altura de su desmesurada ambición. Se le exige mucho al lector y, como compensación, se le da lo mucho que promete. Y más que caminar a oscuras lo hacemos en un vacío que poco a poco se va llenando y adquiriendo sentido en un *work in progress* parecido al de un pintor o al del tejedor de un tapiz.

La primera pieza de este rompecabezas, mosaico o las plumas de la cultura amateca es la decapitación, en 1536, de Ana Bolena, reina de Inglaterra. Su verdugo decide utilizar su pelo como relleno para cuatro pelotas o pellas de tenis que entregará a Francisco I de Francia. Una partida de tenis se irá desarrollando a lo largo de toda la novela en la plaza Navona de Roma, en 1599. Los contrincantes son el joven poeta Quevedo y el pintor lombardo Caravaggio. Tras la borrachera y los escarceos sexuales de la noche anterior, no recuerdan la razón de lo que se ha convertido en un violento desafío que acaba en muerte súbita o tie-break. Acompañante o padrino del pintor es un matemático cuya personalidad no nos será revelada hasta muy avanzada la novela; el del poeta es el duque de Osuna, casado con la nieta de Hernán Cortés. Uno de los apostadores es nada menos que Otero Barral, el

escolta de más rango del duque.

Estamos ante una novela de encuentros y enfrentamientos, de secretos y de revelaciones y, sobre todo, de cambios radicales: Francisco I, Enrique VIII y Carlos I, la reforma, la contrarreforma y el Concilio de Trento o la conquista de Tenochtitlán, hoy Ciudad de México, como expresión de lo que será el Nuevo Mundo cristianizado por los españoles. Pero las culturas indígenas, sobre todo la azteca, han de penetrar en la de los conquistadores. El escapulario de Cortés no sirve sólo de talismán o amuleto para ayudar a Quevedo en el partido de tenis. Caravaggio, al descubrirlo, exclama: “¿Has visto cómo refleja la luz?”. Pero hay una revelación todavía más importante: cuando ve uno de los mantos que Moctezuma regaló a Carlos I. A los lectores nos da la clave de cómo está concebida la novela. El manto “estaba cargado de motivos. (...) Era un relato abigarrado y misterioso construido el colores pardos por un artista que podía bordar con una filigrana y una habilidad notables”; estos tejidos con plumas de ave de los amatecas “encierran los misterios del culto”. Caravaggio queda igualmente fascinado con las siete mitras del taller de Huanitzin “maceradas por el cerebro retacado de hongos de un grupo de indios de Michoacán”, “una obra de arte, como un sueño”, “sie-

te fuegos vivos, un despliegue de luz que ondeaba de acuerdo con la respiración de los dioses que, callados e irreverentes, seguían –siguen tal vez– tejiendo los hilos del tapete que nos sostiene”. Como este inmenso mural que es *Muerte súbita*. A Caravaggio la mitra le enseña a ver de un modo más grande, sensible como es a las refracciones de luz. El pintor que se retrató degollado en dos cuadros, David con la cabeza de Goliat y Salomé con la cabeza de Bautista, pintará –ahora desde la absoluta libertad, desplegando los poderes de sus experimentos visuales–. La canasta de fruta, en el que busca “reproducir en golpe de la luz en la textura de una pared de verdad”, “antes de que incendiara la historia del arte con los rojos de Judit cortando la cabeza de Holofernes”.

En *Muerte súbita* asistimos a un duelo formidable que cambiará el destino de la humanidad y en el que caben la violencia y delicadeza, lo sublime y lo más descaradamente obscuro, la hipérbole de las crónicas de Indias, la rica información sobre el tenis desde sus orígenes y la conciencia de que, como todos los libros, este “viene mayormente de otros libros”, sin que haya aquí nada de libresco. Por el contrario, penetramos en lo más vital de la historia, del arte, y de los torbellinos que nos han arrastrado a la modernidad. |

Una imagen del
autor mexicano
Álvaro Enrique
MANÉ ESPINOSA